

II.

REINADO DE FELIPE IV.

DURANTE LA PRIVANZA DE OLIVARES.

Felipe IV., al revés de su padre, habia obrado ya como rey antes de reinar. En cambio antes de ser rey tenia ya su válido. Habíamos entrado en la época fatal de las privanzas, y se sucedian los favoritos aun antes que se sucedieran los reyes. Síntoma seguro de la degradacion de los tronos y de la flaqueza de los pueblos.

Primera ocupacion del conde-duque de Olivares; acabar con todos los que habian gozado de favor en el último reinado. Don Rodrigo Calderon, el duque de Osuna, el de Uceda, el de Lerma, el confesor Fr. Luis de Aliaga, todos perecen, ó en el patíbulo, ó en la prision, ó en el destierro, ó cargados de cadenas, ó abrumados de pesadumbres.

Sin embargo, tuvo habilidad al principio el de Olivares para aparecer un gran ministro, un gobernador prudente, y un hombre probo. Medidas económicas, formacion de bancos y de montes de piedad, providencias para la repoblacion del reino, para atajar los males de la amortizacion, para reprimir el lujo

desenfrenado, para remediar la emigracion y la vagancia, para el restablecimiento de la justicia y de la moralidad..... ¿A quién no seducia la creacion de la junta de *Reformacion de costumbres*, y á quién no fascinaba el ejemplo de comenzar la reforma por las de la casa real? ¿Quién no aplaudia el famoso decreto mandando registrar la hacienda de todos los ministros de treinta años atrás para ver quiénes y cuánto se habian enriquecido por medios ilegítimos y bastardos? ¿Y qué no debia esperarse de la célebre pragmática para que se hiciera formal y escrupuloso inventario de todo lo que poseian los que eran nombrados vireyes, consejeros, gobernadores, ó subian á otros elevados cargos, y que se practicára igual diligencia cuando cesaban en sus funciones, designando las penas en que habian de incurrir los que hubieran engrosado su fortuna mas de lo que permitia la legítima remuneracion de sus empleos? ¿Qué extraño es que el pueblo esperára la reparacion de sus males, y ensalzára hasta las nubes al ministro que tales muestras daba de querer restablecer el imperio de la justicia y de la moral?

Mas pronto sucedió á la ilusion del halago el escozor de la sospecha, y á la dulzura de la esperanza la amargura del desengaño. Las reales cédulas quedaban escritas; las medidas no se ejecutaban; los pueblos no espermentaban alivio en los tributos. El conde-duque de Olivares, tomando habitacion en el

alcázar régio; ocupando el departamento de los príncipes de Asturias; alejando del lado del monarca á los infantes, sus hermanos, á quienes miraba como estorbos para sus fines; dando audiencias y dictando órdenes á los Consejos como un soberano, ya no era, ya no podia ser á los ojos del pueblo el hombre prudente, el gobernador justo, el modesto consejero.

Por la angustiosa situacion en que encontró el tesoro podia tolerarse al ministro de las medidas económicas que pidiera á un tiempo subsidios de dinero y de hombres á las córtes de Castilla, de Aragon, de Valencia y de Cataluña. Pero hizolo con tal altivez y con tal acritud en la forma, que disgustó á los castellanos, incomodó á los aragoneses, ocasionó sérios conflictos y estuvo á punto de producir funestos choques con los valencianos, y fué causa de que la magestad real volviera desairada de los catalanes. En el viage del monarca y del favorito á aquellos tres reinos hizo el ministro al rey cometer alternativamente actos de baja lisonja y de despótica tiranía; alcanzó subsidios, pero dejó sembrada en el suelo catalan la semilla de un desafecto duradero al soberano, y de un odio perdurable al válido.

Por lo demás, los recursos eran necesarios: las guerras que desde el principio del reinado volvieron á emprenderse los hacian precisos; la penuria de la hacienda los hacia indispensables. ¡Qué melancólico

cuadro el que presentó al rey un procurador de una de las ciudades de Andalucía! «Muchos lugares des-poblados, templos caidos, casas hundidas, heredades perdidas, tierras sin cultivar, habitantes mudándose de unos lugares á otros con sus mugeres é hijos buscando el remedio, comiendo yerbas y raices del campo para sustentarse, otros emigrando á diferentes reinos y provincias donde no se pagan los derechos de millones...!» ¡Qué confianza tendrian ya los pueblos en sus gobernantes cuando apelaban á los obispos y curas para que vieran de remediar la miseria y la desnudez que los afligia por la falta de fábricas y la carestía de los artefactos! Ibanse sintiendo cada dia mas los efectos de la expulsion de la poblacion morisca.

Sin duda con objeto de fomentar la industria nacional, prohibió el de Olivares todo género de comercio con los países rebeldes ó enemigos de España, que eran ya casi todos los de Europa, no permitiendo la introduccion ni de objetos de lujo, ni de artículos de vestir, ni de producciones alimenticias, ni de nada de lo mas necesario para el sustento de la vida y para el abrigo del cuerpo. Felipe IV. por su consejo nos aisló mercantilmente del mundo, como Felipe II. nos habia aislado intelectualmente. Acá no habia fabricacion: del extranjero no podian venir artefactos; era difícil proveer á las necesidades de la vida: el contrabando se hizo una ocupación para unos, y un recurso para otros.

Enmendó, es verdad, el desacierto del reinado anterior de haber doblado el valor de la moneda, pero estableció la tasa en el precio de los cereales. Las cortes le esquivaban ya los recursos, ó se los escatimaban, porque les dolía verlos emplear en guerras innecesarias y ruinosas. Recurrió Felipe IV., como su antecesor, á la generosidad de los particulares, y no la invocó en vano. Hubo grandes que levantaron á su costa regimientos; rasgo laudable de patriotismo, pero que rebajaba el prestigio de la corona, y debilitaba el poder real. Con permiso del pontífice echó mano de una parte de las rentas eclesiásticas y de las de cruzada; y sin permiso de los dueños solía apoderarse como Felipe II. del dinero que venia de Indias para particulares. Vendíanse hábitos y oficios, y se inventó el impuesto del papel sellado. En lugar del alivio que se habia prometido al pueblo, se le cargaba con nuevas gabelas. El de Olivares era mirado ya como un embaidor; porque se veia ademas que quien al principio se habia mostrado tan severo fiscalizador de las fortunas de otros no se descuidaba en acrecentar la suya. La junta de *Reformacion de costumbres* habia sido una bella creacion, pero se redujo á creacion fantástica. Si hubiera funcionado, habria tenido que residenciar á su propio autor, y no sabemos qué pena le hubiera impuesto.

Quiso tambien la fatalidad que afligieran á la desgraciada España en este reinado porcion de calami-

dades públicas, inundaciones, terremotos, epidemias, incendios, que asolaron pueblos y campiñas y devoraron hombres y ganados. ¿Qué remedios aplicaban, ó por lo menos qué luto vestian en tales infortunios el monarca y su primer ministro? Casi humeaban todavía las ruinas de la Plaza Mayor de Madrid, cuyos dos ángulos habia reducido á pavesas el voraz incendio de 1631, cuando asistieron el rey y la corte á la fiesta de toros y cañas que se celebró en el mismo lugar de la catástrofe. Que estuviera constantemente distraido con espectáculos y festines, con justas y torneos, con toros y comedias, con banquetes, monterías y saraos, y lo que es peor, con galanteos; esta habia sido la política del de Olivares con Felipe desde que era príncipe. Estudiar y halagar sus pasiones juveniles, darles pábulo, embriagarle con placeres y recreos, hacerle tomar aversion á los negocios y hasta á las ocupaciones graves, aparecer entonces el favorito como el alivio y el sustentáculo del rey, haciendo el sacrificio de tomar sobre sus hombros la pesada carga del gobierno, de que sabia fingirse como abrumado, magnetizar con estos artificios la voluntad y el corazón del monarca y hacerse el árbitro de la monarquía; éste era el sistema del conde-duque con Felipe IV.

Si tragaba un terremoto poblaciones enteras, en Madrid se construía un coliseo en el Buen Retiro. ¿Qué importaba que se rebeláran provincias, con tal que el rey y la reina y las damas de palacio se entre-

tuvieran en representar comedias? ¿Se insurreccionaba y se perdía un reino? El monarca y su favorito se distraían entre bastidores, hacían los galanes con las comediantas de oficio, y corrían aventuras y lances nocturnos; los resultados de estas misteriosas escenas se hacían públicos, con tanta infamia de la magestad de rey como del decoro y de la dignidad de hombre, y en las conversaciones y en los escritos se mezclaban de continuo los nombres y se glosaban á un tiempo las travesuras de María Calderon, la cómica, y de Felipe IV. rey de España.

Así andaban de sueltas las costumbres públicas. Así los galanteos sin recato; así la licenciosa vida sin miramiento á la decencia social; así el frecuente y público quebrantamiento de los deberes conyugales; así la profanación de los lugares mismos destinados á servir de asilo á la virginidad; así los procesos escandalosos á individuos y comunidades religiosas de ambos sexos; así las pendencias, las riñas, y los desafíos diarios; así los asesinatos, en casas, en portales y en plazas; así las refriegas, y las estocadas, y las muertes, de los grandes señores entre sí, entre los magnates y sus propios criados y cocheros, y aun entre clérigos y magistrados, que á tal situación habían venido todas las clases.⁽¹⁾; así aquellos perdonavidas

(1) Entre los muchos hechos de esta especie que podríamos citar, solo mencionaremos el del condestable de Castilla, que mató á uno de sus criados, é hizo armas contra un alcalde de corte, todo lo cual quedó impune: el del asesinato del marqués de Cañete

de profesion, y aquellos espadachines y matones de oficio, escándalo de la época; así las amargas y sangrientas censuras de los escritores de aquel tiempo contra la corrupcion y la inmoralidad del palacio, de la corte y del pueblo, que les valían el destierro, la prision y las cadenas.

Pero así aseguraba el conde-duque de Olivares su privanza con el soberano, para quien todo iba bien, con tal que le proporcionáran goces, y no le turbáran nadie en ellos, que estos eran los reales hechizos de que por primera vez comenzó á hablar el vulgo. Estorbábanle al conde-duque los Consejos, y encomendaba los negocios á juntas extraordinarias, que formaba á su conveniencia y disolvía á su antojo. Aquella multitud de juntas, algunas de las cuales eran ya extravagantes por sus títulos y ridículas por la frivolidad de sus ocupaciones, semejaban otras tantas máquinas que se movían por un resorte oculto, y funcionaban á voluntad del fabricante, y solo en la forma y por el tiempo que entraba en su interés y en sus cálculos.

por un lacayo suyo, en venganza de haber intentado su amo herirle antes; mas como quiera que el asesinato apareciera y se creyera cometido por don Antonio de Amada, y éste fuera condenado á muerte, clero, grandeza y pueblo, todos tomaron parte, unos en contra, otros en pró del sentenciado, y formáronse cuadrillas armadas de frailes y de criados, de señores y de plebeyos, unas para arrancar al reo de las manos del verdugo, otras para hacer que se ejecutára el suplicio, y hubiera habido un choque terrible, que por fortuna se evitó por haber declarado el cochero que él era el culpable. Por aquellos mismos dias el cochero del duque de Pastana en una reyerta con su amo le dijo, que todos eran hombres, y que cada uno se tenía por hijo de su padre. Todo esto era producido por el género de vida que hacían muchos de los grandes de aquel tiempo con desdoro de la clase.

No se puede negar al de Olivares cierta habilidad y artificio para resolver á su arbitrio todos los asuntos del reino bajo la apariencia de resoluciones de los tribunales, de los consejos ó cuerpos consultivos del Estado, asi como para áparecer á los ojos del rey un ministro fabulosamente laborioso é incomprensiblemente infatigable. Causaba grima y compasion al buen Felipe ver á su lado un hombre chorreando siempre memoriales, consultas, legajos y espedientes, sacrificando el sueño, el reposo, la salud y la vida, todo por tener el reino gobernado y arreglado á maravilla con descanso y sin molestia de su rey y señor!

No fué mas feliz el de Olivares en las luchas exteriores en que empeñó á su soberano y en que volvió á comprometer la España. Con la muerte de Felipe III. se acabó aquel breve período de reposo, cuya prolongacion hubiera sido tan conveniente á la monarquía para reponerse de sus quebrantos. «Yo os haré, dijo el de Olivares al nuevo monarca, el señor mas poderoso de la tierra.» Y lo creyó el jóven é inesperto príncipe. Y acaso llegó tambien á creerlo el mismo don Gaspar de Guzman; ¡que tan alto rayaba la presuncion de su capacidad y talento! Y puso otra vez á la enflaquecida España en lucha con toda Europa como en los tiempos de su mayor pujanza y robustez. Resucita imprudentemente la cuestion de la Valtelina, y provoca una confederacion de Francia, Saboya, Venecia y Holanda, contra España. Oblíganos á hacer

esfuerzos y sacrificios prodigiosos, y con ayuda de algunas repúblicas y príncipes italianos logramos salvar á Génova y ajustar un tratado de paz. Mas luego sueña en agregar á la corona de Castilla el ducado de Mantua, ó por lo menos la mitad del Montferrato: otra guerra en Italia entre españoles y franceses, imperiales, saboyanos y venecianos, en que perdemos al ilustre marqués de Espínola, alma y sostén del nombre español, y sin ganar á Mantua, ni conquistar siquiera á Casal, tenemos que sucumbir á la humillante paz de Querasco.

El loco empeño y temerario afan de hacer á los españoles los redentores del emperador en sus sangrientos litigios con la Turquía, y la Bohemia, y la Suecia, y con los príncipes protestantes del imperio germánico, habia llevado al propio tiempo las armas españolas á Alemania. Glorioso era que tremolára triunfante el pabellon de Castilla en los campos de Fleurus; justo y natural era el orgullo de ver al cardenal infante de España don Fernando coronarse de laureles en Nordlinghen; pero, aparte de la gloria militar, ¿qué bien redundaba á España de que los sajones fueran arrojados de Bohemia, ni de que el Rhindgrave Othon fuera derrotado por el lorenés, y de que sucumbiera peleando heroicamente en Lutzen el gran Gustavo de Suecia? Consumir hombres y tesoros, y quedarnos sin tesoros y sin hombres con que mantener nuestros propios dominios.